

**Clara Inés
Ramírez**

(Universidad
Autónoma de
México)

Comprender el dolor del mundo: conversaciones en torno a Simone Weil

Ciudad de México, miércoles 25 de marzo de 2020, en medio de la pandemia covid-19.

Leí el texto de María-Milagros Rivera “La pandemia como oportunidad de entendimiento global”, publicado en la página de Duoda,¹ y una claridad me ha quedado rondando: “Con la pandemia, la naturaleza se ha reivindicado sobrenatural. A mí me gustaría tenerla en cuenta, conversar con ella, no intentar dominarla una vez más. En la política de las mujeres, lo sobrenatural ... consiste ... en abrir una dimensión del entendimiento humano, personal, común, en la que esté siempre el dos”. Abrámosla pues.

La naturaleza nos ha detenido. Más que eso, nos dejó en una dimensión silenciosa y estática del permanecer en casa. Mirar desde la ventana el sol cálido y sentir el aire fresco que entra a mi estudio. Escribo en casa. Es un día lindo desde aquí dentro. Si estuviera afuera no lo percibiría así... correría, sudaría, acudiría. Desde mi escritorio, ante el imperativo de no salir, todo es evocación. Tal vez sólo así podemos entender mejor el beneficio de la claustra para la escritura de las mujeres.

Y yo siento como ellas, Simone Weil y Hannah Arendt, quienes lo único que querían era comprender.

Evoco mi adolescencia, un encierro de alguna manera similar, durante el que leía libros y pasaba mucho tiempo sola. Leí *La peste* de Albert Camus. Sólo recuerdo que ese texto cambió mi vida, como lo han hecho siempre algunos escritos... Me quedó una certeza: vivimos en medio de la peste y lo único que vale es cuidarnos y procurarnos mutuamente. Recuerdo a Simone Weil, a quien Camus consideraba el único gran espíritu de su época. La imagino en medio de la guerra, sintiendo en su cuerpo el sufrimiento del mundo, única manera que concebía de poseer un alma buena.² Murió a los 34 años de

tuberculosis, dicen algunos, el 24 de agosto de 1943. A ella, como a Virginia Woolf, las mató la guerra, el dolor de su tiempo. Sin embargo, a las dos las consideraron suicidas.

Sentí necesidad de leer a Simone Weil. Corrí a buscar algunos libros de ella y me senté con ellos en mi sillón de lectura, donde no había podido pasar mucho tiempo desde que me recliné en casa para no propiciar la propagación del Coronavirus éste. Después de hojear algunos, me quedé con sus *pensamientos desordenados...*

Jueves 26 de marzo

Detuve mi escritura el día de ayer. Esas líneas fueron las primeras desde que regresé a mi oficio de juntar letras, después de que el 20 cerramos el Archivo y la Universidad toda. Una vez escritas aquellas letras, guardé mi texto en la computadora y comí un poco de estofado con arroz, guiso que me sobró de antier, cuando lo cociné despacio, con gusto y placer. También ensalada. Y agua y un poco de vino. Luego tomé un café, sentada en el jardín de esta hermosa casa que no merezco y que apenas ahora disfruto plenamente. Retomo mi texto hoy, en medio de esta panicodemia que nos habita, no sin antes recoger y limpiar la cocina, y regar el jardín y las plantas de afuera. Me gusta la vida en casa. Aunque esté recluida, aunque no sé qué pase mañana. No necesito salir, no necesito saber.

Ayer y antier leí desordenadamente los pensamientos de Simone Weil. Ella escribía en la resistencia francesa, en Marsella, durante la llamada Segunda Guerra Mundial... Yo, en medio de la pandemia, también mundial, de covid-19, en la Ciudad de México. Retorno al hilo de mis pensamientos de ayer, pero renovados por la manera en que se han acomodado desde entonces, trenzados con noticias y palabras escritas por personas cercanas, e iluminados por los rayos de sol que se filtran entre las hojas y brillan a través de mi ventana.

Las palabras de Simone asustan. Por un lado, me retan a aceptar la presencia de Dios y, por otro, me remiten a un abandono pleno de sí, de mí, que lleva a la muerte. Dos principios en los que no solemos pensar cuando estamos trabajando afanosamente. Qué me importa mi relación con la divinidad, si tengo que resolver asuntos varios sobre relaciones interpersonales o atender solicitudes de consulta de los documentos que resguarda el Archivo o garantizar recursos y licencias para la impresión de los escritos de mujeres que ahora estamos editando. En las clases de la Facultad es distinto, pues allí, las alumnas me devuelven a preguntas trascendentales.

Desde hace un tiempo, a causa de mi trabajo y del ritmo de vida que he llevado, casi nunca me pienso ya como mediadora de las muertas, de los muertos. Antes lo hacía, por el hecho de cuidar, con mi oficio de historiar, que sus susurros no se apagasen. Solía leer a Giuseppe Ungaretti, quien escribió durante la Primera Guerra Mundial, un poema al que llamó “No gritéis más”:

Cesad de matar a los muertos
no gritéis más, no gritéis
si queréis todavía oírlos,
si queréis no perderlos.

Tienen el susurro imperceptible,
no hacen más rumor
que el de la hierba que crece
feliz donde no pasa nadie.³

Con el tiempo, al parecer también yo aprendí a gritar, a matar a los muertos. Ahora, que el silencio llena la Ciudad toda y estamos pendientes del número de muertos en México, para ver cuán rápido avanza la pandemia, puedo comunicarme de nuevo con Simone Weil y pensar en mi relación con lo sobrenatural y con la muerte, con mi muerte.

En realidad, no me asusta pensar en ello. Eran mis temas de adolescencia, en medio de la guerra sorda que se vivía en Medellín, Colombia, a mediados de los años setenta del siglo XX. La guerra y la pandemia. Estados de excepción que causan pánico ante la idea de enfermarse, de morir. Y ¿nadie nos puede salvar? Me viene a la mente un diálogo urbano que leí en el metro de Nueva York, hacia 1978. Una mano escribió: “Dios ha muerto: Nietzsche” y otra, contestó: “Nietzsche ha muerto: Dios”.⁴ Ni uno ni otro son consuelo, ni nos pueden ayudar... pero como dice Milagros, con la pandemia, la naturaleza se hizo sobrenatural. ¿De dónde viene ese impulso viral tan poderoso y total? ¿Por qué se ensaña con nosotras? ¿Qué nos depara el futuro?

El primer texto de Weil que me retuvo fue “Pensamientos desordenados acerca del amor a Dios”.⁵ Me atrapó porque comienza rotundamente: “No depende de nosotras creer en Dios, pero sí el no hacer objeto de nuestro amor a falsos dioses”. Lo devoré. Para Simone, la búsqueda de dioses está en nuestra forma de ser. Nada nos colma. Ningún amor, ni el fin de ninguna enfermedad... (o pandemia, podríamos agregar): “En cuánto se está habitada de la ausencia de sufrimiento, se quiere otra cosa”. Y resurge el anhelo y el sufrir. De esta innegable realidad surge, para ella, la certeza de que “La vida, tal como es, no resulta soportable... más que por la mentira”. Simone dice que la ilusión es esa gran mentira que nos permite vivir a la mayoría. Y luego lanza su sentencia salvadora: “Quienes rechazan la mentira y, sin rebelarse contra el destino, prefieren saber que la vida es intolerable, acaban por recibir desde afuera, desde un lugar situado fuera del tiempo, algo que permite aceptar la vida como es”: llena de sufrimiento y de pecado. Según Simone, la combinación del sufrimiento con el pecado produce el mal; ese mal del que ansiamos deshacernos. Pero sólo podemos librarnos de él trasladándolo a algo totalmente puro, algo fuera de nosotras, que no sea humano, pues los seres humanos, dice, nos devuelven el mal que proyectamos sobre ellos.

Por eso se buscan dioses; para depositar en ellos la
miseria que no podemos cargar.

Entre nosotras, nosotros ¿Sólo es posible hacernos
sufrir? También lo creía Rosario Castellanos, en su
poema “Destino”:

Matamos lo que amamos. Lo demás
no ha estado vivo nunca.
Ninguno está tan cerca. A ningún otro hiere
un olvido, una ausencia, a veces menos.
Matamos lo que amamos. ¡Que cese ya esta asfixia
de respirar con un pulmón ajeno!
El aire no es bastante
para los dos. Y no basta la tierra
para los cuerpos juntos
y la ración de la esperanza es poca
y el dolor no se puede compartir.

El hombre es animal de soledades,
ciervo con una flecha en el ijar
que huye y se desangra.

Ah, pero el odio, su fijeza insomne
de pupilas de vidrio; su actitud
que es a la vez reposo y amenaza.

El ciervo va a beber y en el agua aparece
el reflejo de un tigre.⁶

Simone Weil utiliza palabras que ya no se usan: alma,
mal, pecado, sufrimiento. Muy cristianas, me dirán.
Sigo en cambio a algunas feministas de la diferencia,
quienes proponen resignificar las palabras. Chiara
Zamboni reflexiona sobre el uso de alma, ya empleada
por Aristóteles, resignificándola, para expresar mejor
nuestro sentir y nuestra experiencia.⁷ Sería fácil
librarme de Simone Weil, diciendo que su pensamiento
es arcaico y que ya no nos incumbe. Pero su sentir sobre

la condición humana y la necesidad de Dios permanece nítido.

Por mi parte, creía que el existencialismo me había librado de Dios. Simone de Beauvoir me entretuvo horas y horas con sus textos biográficos, narrando crudamente lo que vivía. Pero me alejó de ella cuando concluyó, en *La fuerza de las cosas*,⁸ que lo único cierto en su vida había sido Sartre. Éste, por su parte, más que asquearme, me aburrió con el personaje central de su novela *La náusea*, un fotógrafo obsesionado con las mierdas depositadas en los parques de París. *La peste*, de Albert Camus, en cambio, me atrapó por su amor a la vida y a la humanidad, en medio de la epidemia, que no es otra cosa que la vida misma.

Afuera, pasa el carrito de los helados, con música, como en mi infancia y adolescencia. Viene a la puerta de las casas ofreciendo un poco de dulce y frescor a quienes no debemos salir. Tampoco debemos comprarle.

Simone Weil amaba la vida. Y por eso me sigue impactando profundamente. La amaba en primer lugar, porque sentía que había recibido la gracia divina. Pero también, porque la reconfortaba su conexión con la naturaleza y, en menor medida, con la humanidad. Quiero extenderme más en esas ideas. Aunque también quisiera detenerme aquí porque son las 14:19 y quiero ir a freír un filete de huachinango que tengo preparado. ¿Debería ser vegana? No hay pretexto. Pero siento que siéndolo no frenaría el mal y entonces me asumo como depredadora, aunque ni siquiera debería decir eso.

Pero antes de irme a comer, termino con mis comentarios sobre este texto de Simone y la gracia divina. Ella piensa que la presencia sobrenatural se nos presenta en las acciones cotidianas y dice, literalmente, que la gracia es la energía solar. Desconcertante claridad.

La energía solar... el sol... Yo, en esos términos, estaría de acuerdo. Yo podría entender que los rayos del sol son manifestación de la gracia divina. Cuando tenía 5 años me operaron de una enfermedad congénita: tenía un conducto mal conectado a mi vejiga y la mitad de mi orina se quedaba dentro de mí. Me rajaron violentamente sin previo aviso y tardé más de un mes en recuperarme. Estuve ese tiempo sola en una habitación del hospital infantil, porque en casa había muerto mi abuelo paterno y todo estaba revuelto. Recuerdo perfecto cómo una mañana, después de mucha oscuridad y sombras, las enfermeras me llevaron en una silla de ruedas hasta una terraza descubierta que a mí me pareció enorme. Recuerdo y vuelvo a sentir nítido en mi cuerpo el calor del sol sobre mi piel. Rememoro cómo me arropó: me llenó toda... sentí que había sobrevivido. Estaba viva. Fue un regalo sobrenatural. Era la energía solar, la misma de la que habla Simone: “Ella es la imagen de la gracia, que desciende a enterrarse en las tinieblas de nuestras almas malas y constituye la única fuente de energía que contrarresta la gravedad, la tendencia hacia el mal”. La gracia es algo que no se busca, dice Simone, sólo llega; pero debemos estar dispuestas a recibirla. Aquella mañana que me llevaron al sol, yo la recibí y ella me sanó... una salud del alma que aún perdura en mí.

Un día antes de morir, en septiembre de 2013, mi madre me pidió que la sacara al jardín. Tenía 86 años y un cáncer linfático terminal que había sido silencioso; sólo se manifestó unos treinta y cinco días antes de su muerte. Ella lo sabía. Cuando me pidió salir ya no tenía oxígeno portátil, porque hacía días que no salía. Pero ella insistió. La bajé en el elevador, en la silla de ruedas y la conduje a un jardín que rodeaba el edificio... Cuando llegamos a un claro, donde había flores y árboles hermosos, ella extendió sus palmas hacia el sol y permaneció así un momento. Luego movió la cabeza como diciendo no, con desconsuelo. Su cuerpo consumido no recibía ya la energía solar. Cuando regresamos a casa me dijo: yo creo que ya es hora

de morir. Murió al día siguiente. Comprendí la relación entre la energía solar y la gracia de vivir.

Me reflejo en las palabras sublimes con las que Simone termina sus pensamientos desordenados acerca del amor a Dios: “Es preciso que esta poesía envuelva el trabajo de los campos con una luz de eternidad. De otro modo, su monotonía conduciría fácilmente al embrutecimiento, a la desesperación, o a la búsqueda de las satisfacciones más groseras”. Y agregaba: “La monotonía sólo es soportable... por una iluminación divina. Pero por esta razón, una vida monótona es incluso mucho más favorable de cara a la salvación”. En esta vida monótona que tenemos ahora la poesía está.

Con estas palabras rondando mi espíritu, me voy a pasear a Akanke,⁹ que ya me pide salir, y luego a comer. Me gustaría regresar, para escribir sobre las formas en que Simone amaba la vida: la naturaleza y la amistad... A ellas, yo agregaría mis paseos con Aka, esa perrita grande que me cayó del cielo... ¿También ella?

Viernes 27 de marzo, en la tarde

Trato de poner poesía en lo que vivo, así ha sido desde siempre. Pero ahora esa poesía es un poco triste... el dolor del mundo entró por mi ventana y la gracia huyó; así también el sol, en este atardecer presentado desde una ventana orientada al sol naciente.

Miércoles 1 de abril

Escribo ahora desde una habitación trasera que tiene la casa. Me recliné aquí, porque el sábado 28 empecé a sentir un tremendo dolor de cabeza... el lunes en la tarde comenzó a dolerme el cuerpo como si estuviera molida de hacer ejercicio, pero en zonas que no se ejercitan, y el martes, aunque rogué que no pasara, me subió la fiebre y sentí opresión en el pecho. Había estado tomándome la fiebre a cada rato, pues sentía el cuerpo recalentado y extraño. A las 11:40 tenía 36,5 y a las 12, subió a 38,1, no

podía creer... volví a tomarla de inmediato y me dio 38. Cinco minutos después tenía 36,9; había descendido en picada: pensé que el termómetro estaba mal; dos minutos después, 37,4; dos minutos más tarde, 37,2... Sentía el desconcierto de mi cuerpo y la incredulidad de mi razón. Decidí llamar al médico.

La fiebre fue mi compañera durante los primeros cinco años de mi vida. Como una parte de mi orina quedaba dentro de mí, tenía infección constante... los antibióticos la mitigaban de cuando en cuando, pero la recuerdo constante y suave. Así percibí el mundo durante mis primeros años. Me gustaba, estando en cama, mirar las esquinas del techo y ver como se fugaban... todo era móvil. Iba subiendo despacio y sentía que ya venía esa sensación de redondez del cuerpo y los ojos aguados... no le temo a la fiebre. Pero esta que sentí ayer era desordenada y cruel. Inestable.

El médico me pidió que intentara hacerme la prueba del covid-19 y que lo viera en su consulta a las 4 de la tarde. En el laboratorio autorizado más accesible me dijeron que no había posibilidad de programar citas hasta el jueves próximo... en los hospitales privados autorizados no me contestaron y en los públicos me dijeron que debía ser un médico quien mandara a hacer la prueba. Decidí usar el sistema de mensajes de texto que había anunciado el gobierno de la Ciudad y funcionó bien. Me hicieron algunas preguntas a las que debía contestar con un sí o un no y al final me mandaron un mensaje que decía: “De acuerdo a tus respuestas, tienes un riesgo alto de tener covid-19. Sin embargo, tus síntomas no indican necesidad de hospitalización”. Luego me pedían avisar si cambiaban mis síntomas, me asignaban un número covid y anunciaban que me llamarían al día siguiente. Hasta se despedían con un “Hasta luego”. Hoy llamó una mujer muy dulce, que me hizo más preguntas y me dijo que, dado que no tenía tos, no me enviarían a alguien para hacer la prueba... sugirió

me quedara en casa, aislada, e informara si había algún cambio en mis síntomas...

El médico otorrino me recibió a las 4 pm, en traje de coronavirus, como me dijo: un mono blanco que sólo dejaba ver su cara, recubierta de aditamentos: mascarilla de carbón, lentes y, sobre ellos, otros lentes inmensos... Me revisó y me dijo que sí podía ser... que tenía inflamada la garganta, pero que mis pulmones estaban perfectos aún. Me dijo que él estaba dando a sus pacientes un tratamiento agresivo y que poco a poco iban saliendo... pero que nada era seguro. Algo de dolor de cabeza tengo aún cuando esto escribo.

Después de la subida y bajada drástica, la temperatura de mi cuerpo se estabilizó en 37 grados y luego bajó un poco más. Se fue la fiebre. Nada sé, pero siento que, durante esa media hora de montaña rusa en el termómetro, mi cuerpo le ganó al virus. Puede que no sea cierto, pero así lo viví. Hoy me siento bien. No tengo fiebre y no tengo dolor, aunque mi cuerpo no está al cien por ciento; y ahora menos, con tanta medicina que engullo y que posiblemente no era necesaria. El médico insiste en que me haga la prueba, por razones de diagnóstico, pero creo que no lo haré... seguro alguien la necesita más que yo.

No hay poesía en estos párrafos precedentes. Lo lamento. Tal vez sólo un destello: la voz dulce de la chica que me llamó. Y eso que yo le colgué la primera vez porque preguntó por Clara Rodríguez y creí que era del banco... volvió a llamar. Que mala gente soy. Le estoy agradecida.

La poesía está en el haber podido escribir esto que escribo. Relatar la situación vivida, con cierto ritmo y con calma, ha sido posible porque ya me siento mejor, pero también, por el espacio en el que estoy ahora: la habitación trasera.

Estoy escribiendo en una laptop pequeña, sobre un escritorio pequeño y una ventana grande enfrente. Y la

ventana tiene un vitral hermoso, hecho a finales de los cuarenta o en los cincuenta, cuando fue construida la casa. Es un paisaje naïf compuesto con vidriecitos de colores: un enorme volcán azul, con nieve blanca arriba; el cielo azul claro, con nubes blancas que lo atraviesan, y, bajo el volcán, unos bosquecillos verdes y unas casitas sobre montañas suaves. Abajo, unos cactus verde-amarillos que en la noche brillan, cuando se encienden las luces de afuera. Mientras escribo la ventana está abierta y da a mi pequeño jardín... un pequeño paraíso al que cuido, tanto como puedo; en días normales, no es mucho. Acompañaron los relatos de mis pericias médicas del día de ayer, muchos pájaros de diversos tipos: vi cómo se bañaron en dos pocitas de agua que tengo para ellos y que están adornadas con piedritas y gemas. Otros pájaros más tímidos, acudieron a un bebedero alto, a donde bebe también una ardilla. Qué algarabías y qué cantos. Cuánta alegría para mi alma. Indecible gracia sobrenatural. El aguacate que trajo mi amiga Eva, en una gran maceta, está reverdecido, y la salvia que me dejó Carito me mira de reojo. La begonia está llena de retoños y una buganvilia que está encima deja caer sus flores granates, en una lluvia de esplendor primaveral. Mas allá, los tres rosales tienen cada uno una rosa de un color diferente: roja, amarilla y blanca... así como varios botones. Veo cilantrillos, palmitas, helechos, orquídeas y esa flor naranja fluorescente que no recuerdo cómo se llama. La pertinaz lavanda que recogimos de la calle, donde alguien la abandonó, ya tiene más de un metro de altura. Es un jardín pequeño, no se crean, pero está lleno de vida. La vecina tiene una jacaranda que ahora está toda morada, con racimos exuberantes de flores. ¡Cómo un árbol tan alto puede ser tan delicado a la vez! Sólo en esta temporada.

El 12 de noviembre de 1942, Simone Weil escribió una carta a Joë Bousquet,¹⁰ a quien consideraba su amigo. Le agradecía su aprobación al proyecto planteado por Simone para crear una formación de enfermeras de primera línea, de la que ella esperaba "...redundará no en

mí sino, a través de mí, en otros jóvenes [...] Algunos le deberán [a usted] quizá, en las proximidades del instante supremo, la dulzura de un intercambio de miradas”. Las enfermeras de primera línea debían no sólo procurar sanar, sino asistir a los jóvenes del frente en su instante supremo: la muerte. Su labor era brindar a los soldados la dulzura de un intercambio de miradas justo antes de morir. Qué suavidad en medio del terror. Imagino hoy a las enfermeras que en todo el mundo atienden a los que mueren. ¿Tendrán ese intercambio dulce de miradas con sus pacientes que se van? ¿Lo habrán recuperado? Porque muchas lo habían perdido... Ahora, en este mismo momento, es factible imaginar que alguien muere de coronavirus en algún lugar del mundo ¿tendrá ese consuelo? ¿lo habrá tenido antes de ser entubado? La pandemia nos ha puesto de frente a la muerte. Y es una muerte colectiva. La suya puede ser la mía mañana. Debo parar.

Voy a preparar algo de comer para tratar de mantener mi cuerpo fuerte, frente a tanta medicina y ¿al virus? Quién sabe. A lo lejos, en la casa, Clau, mi compañera de vida, se empeña en limpiar y aspirar tapetes... para alejar la peste... Es tenaz y me cuida. Me preparo para ir a la cocina: guantes plásticos, mascarilla... Allá voy, con mi traje casero de coronavirus.

Comemos, cada una, en una de las cabeceras de la mesa, como en los siglos pasados, según las películas. ¿Será por las pestes que comían tan lejos? pregunta Clau... reímos. “Qué bueno que mi mamá está muerta –dice luego– así ya no está en peligro de contagiarse” ... reímos de nuevo. Levanto mis platos, los lavo con estropajo propio y los coloco en un lugar reservado, sólo para mi vajilla y mis cubiertos. Regreso a mi habitación... descanso un poco y doblo la ropa que lavé.

Solicité a la UNAM que me hagan la prueba, pues, aunque me siento casi bien, no sé qué decir a las personas de

quienes estuve cerca, hace ya muchos días, pues desde el 20 he estado en casa. Si les digo: “quiero informarte que tuve dolor de cabeza y fiebre, pero no sé de qué se trató, así que no sé qué debes pensar ni qué hacer...” no suena muy claro. Me dicen que tampoco la UNAM hace pruebas si no tienes problemas respiratorios.

Cae la tarde. El cielo se ha cubierto de blanco y no hay rayos del sol... los pájaros calmaron su actividad... regresaré a mi lectura de Simone. He encendido una vela, para ver su llama ondeante y para que no entren los mosquitos por mi ventana, ahora cerrada a medias. No podría cerrarla del todo.

Jueves 2 de abril

Leí de corrido lo escrito y me gustaría seguir leyendo lo no escrito aún, sin tener que teclearlo, letra por letra, una a una... Pero el relato no existe aún.

Simone Weil le escribe a su amigo Joë Bousquet, excombatiente de la Primera Guerra Mundial, donde fue herido y tiene una bala incrustada: “...es usted un ser infinitamente privilegiado, pues lleva la guerra alojada permanentemente en su cuerpo esperando fielmente desde hace años que esté usted maduro para conocerla”. Los que murieron en la guerra no pudieron pensar en su desdicha. Los que volvieron ilesos, la olvidaron. “Para pensar la desdicha, hay que llevarla en la carne, hundida muy adentro, como un clavo, y llevarla largo tiempo a fin de que el pensamiento se haga lo bastante fuerte para mirarla”. Es necesario salirse del cuerpo y del alma para conocerla. ¿Cuál es la munición que llevo yo dentro de mi cuerpo?

Tal vez, esa cicatriz de los 5 años que me constató la fragilidad de mi cuerpo pequeño, destazado por los médicos, es la que me permite vivir la fragilidad que hoy, 52 años después, nos trae este nuevo virus coronado, que hasta ahora sólo ha pasado rozándome, parece...

¿Qué significa este virus para mí? Simone Weil me ayuda a comprenderlo. Ante la desdicha, “El cuerpo y el alma quedan no sólo traspasados, sino clavados en un lugar determinado”. Así está mi cuerpo, frente a este jardín enmarcado por vidriecitos de colores y “...hay siempre una inmovilidad forzada en el sentido de que una parte del alma está continua e inesperadamente unida al dolor”. Mi dolor físico se ha ido, sólo duró un par de días en los que no pude escribir. Pero quedó la debilidad, la reclusión, el tapabocas, los guantes y el aislamiento. El médico me recomendó aislarme para no contagiar a nadie, pues podría ser portadora durante los siguientes 14 días. Yo acepté. Simone dice que la gracia llega en medio de la quietud: “Gracias a esta inmovilidad, la infinitesimal semilla de amor divino arrojada en el jardín del alma puede crecer a gusto y dar sus frutos en la espera”. Ella define este estado con una palabra griega que yo no sé repetir. Y aunque se traduce como paciencia, ella dice que es otra cosa: “Es quedarse en el sitio, inmóvil, a la espera, sin inmutarse ni moverse por ninguna circunstancia externa”. Así estoy... así estamos... y este es dolor del mundo hoy. Intentamos hacer cosas: lavamos, chateamos, leemos, hacemos que discutimos, reímos, lloramos, desesperamos, pero todo da igual. Aquí estamos, inmóviles en este sitio, mientras allá fuera, la pandemia exterminadora avanza lento, buscando pulmones... Simone Weil me ha permitido comprender este dolor del mundo a través de mi propio padecer, y ella misma se vanagloria del regalo que me ha dado: “Felices aquellos para quienes la desdicha incrustada en la carne es la desdicha del propio mundo en su época; pues tienen la posibilidad y la función de conocer en su verdad, de contemplar en su realidad, la desdicha del mundo”. Tal vez esta sea la única manera real de comprender: a partir de sí, en sintonía con el mundo. Ese vínculo entre la persona y el mundo es “la función redentora”. Simone trata de ejemplificarlo: si la desdicha de los romanos era la esclavitud, la crucifixión fue su límite extremo. Por tanto, la vivencia de Cristo en la cruz fue la comprensión total del dolor del mundo.

¿Entonces, para comprender hay que sufrir? ¿Eso proponía Simone Weil en medio del sufrimiento y el dolor de estar en la Resistencia francesa, durante la Segunda Guerra Mundial?

Simone considera que quienes sufren el mismo dolor del mundo podrían comprender mejor su realidad... Pero ella no proponía buscar el sufrimiento. No era necesario. Planteaba aceptar la vida tal como era: sufrimiento inevitable. Entonces, la función redentora consistía trasladar ese sufrimiento a algo bueno, no humano, que para ella era Dios, el único consuelo posible.

Simone le relata a su amigo Bousquet cómo fue su conversión. Ingresó a trabajar en una fábrica metalúrgica para comprender la miseria de la clase obrera y mientras compartía esos sufrimientos, dice, "...ni siquiera la misma palabra 'Dios' tenía lugar alguno en mis pensamientos". Pero un día, hacia finales de 1939, "En un momento de intenso dolor físico, mientras me esforzaba en amar pero sin creerme con derecho a dar un nombre a ese amor, sentí –sin estar en ningún modo preparada, pues nunca había leído a las místicas– una presencia más personal, más cierta, más real que la de un ser humano..." a la que ella reconoció como Dios o Cristo, quienes se convirtieron en su fuente principal de salvación. Pero no en la única.

La secuencia de pensamientos de Simone Weil se puede reconstruir así: el sufrimiento está presente y es inevitable. Salir de él es la salvación y, según Simone, se puede salir por momentos hacia Dios, pero cuando esto no es posible, queda la belleza del mundo y la amistad: "... la amistad da literalmente a mi pensamiento toda la parte de su vida que no le viene de Dios o de la belleza del mundo".

Esa amistad sirve a Simone Weil para comprender que sólo a través del sufrimiento y del amor se llega a entendimiento del mundo: "...la desdicha, por una parte, y la alegría como adhesión total y pura a la perfecta belleza,

por otra, implicando ambas la pérdida de la existencia personal, son las dos únicas claves por las que se entra en el país puro, en el país respirable, en el país de lo real”. Pero no deben mezclarse, dice Simone: la alegría pura y el sufrimiento solo, sin consuelo que intente mitigarlo. La aceptación del mundo sin paliativos ni placebos es el camino a la verdad, a la comprensión.

En esta inmovilidad en la que estamos crece la semilla de la comprensión: entender que no hay paliativos para los sufrimientos. Y el amor y la belleza del mundo son los únicos consuelos posibles, para quienes aún esperamos a Dios. Todas las fantasías que habíamos construidos se quedaron estáticas, afuera. Intentan reproducirse a través de las redes y de la tele, pero nada nos distrae de la pandemia que avanza, de la debacle económica que se viene. Pero queda una certeza: la amistad es la puerta de acceso a un país respirable, donde podemos habitar en medio de tanto dolor.

Fecha de recepción: 27 de mayo de 2020.

Aceptación: 13 de octubre de 2020.

Palabras clave: Amistad - Pandemia - Simone Weil - Vivencias - Gracia.

Keywords: Friendship - Pandemia - Simone Weil - Experiences - Grace.

notas:

¹ María-Milagros Rivera Garretas, “La pandemia como oportunidad de entendimiento global”, en web Duoda: <http://www.ub.edu/duoda/web/es/textos/1/255/>, Universidad de Barcelona, consultado el 25 de marzo de 2020.

² Simone Weil, *Pensamientos desordenados*, Madrid: Trota, 1995, p. 55.

³ *Poesía italiana moderna*, selección, notas y traducciones de Hugo Gutiérrez Vega, México DF.: UNAM, s/f, Material de lectura, serie poesía moderna 2, p. 24. Me tomé la libertad de cambiar la última palabra, “hombre” por “nadie”, pues considero que hoy resulta más precisa.

⁴ No hay fuente para esto más que mis recuerdos. Fue la primera vez que estuve en Nueva York, cuando tenía 16 o 17 años.

⁵ Este texto y las siguientes citas están tomados de Simone Weil, *Pensamientos...*, *op. cit.*, pp. 15-19.

⁶ Rosario Castellanos, *Antología*, Selección y nota introductoria de Pablo Mora y Pedro Serrano, México DF.: UNAM, 2009 (Material de lectura, Poesía Moderna, 53), p. 12.

⁷ XIV Diálogo Magistral, Chiara Zamboni, “Las palabras para decirlo”, en <https://youtu.be/2nS539uJlkg>, consultado el 14 de mayo de 2020.

⁸ No esperen aquí una nota sobre la edición en la que leí la *Fuerza de las cosas*, de Simone de Beauvoir... fue hace mucho y no la tengo ya... ¿Edhasa? ...Podría ser... Tampoco las de *La náusea* de Sartre, ni *La peste* de Camus... buscar esos datos implica una falsa erudición que me quita tiempo, evocación y memoria, y que no sé si sirve para algo. Más significativo, en cambio, me parece el dato de que perdí ese libro en alguno de los giros de mi vida. Recuerdo que lo leí en los Ángeles, California, hacia 1983 o 1984.

⁹ Akanke es una perra tipo Pastor Alemán. Su nombre significa amor a primera vista en nigeriano.

¹⁰ Simone Weil, *Pensamientos...* *op. cit.*, pp. 53-60. De este texto provienen las citas de las páginas siguientes.